

## ¡CRO, CRO, CRO, CRO!

En una vieja crónica italiana del siglo XIV, todavía inédita—y Dios la libre de un erudito que haga una edición metacrítica de ella,—cuéntase como el gran taumaturgo lisbonense, quiere decirse, San Antonio de Padua, en vista del felicísimo suceso de su famoso sermón á los peces del mar, decidió otra vez predicar á los peces de un hermoso y cristalino río. Fuése, pues, á la ribera de éste, y allí, en un romance, empezó á predicar á los discretos y silenciosos peces, que le oyeron con su habitual discreción y no menos habitual mudéz. Lo que acaso no advirtió el santo es que, juntamente con los peces, le oían también algunas ranas, asentadas, entre otras, en las orillas del sereno río. Luego que Fray Antonio se hubo ido, acertaron á pasar por allí unos caballeros, y deseando, noticiosos del sermón, saber lo que en éste dijo el taumaturgo, se lo preguntaron á las ranas, sabedores de que los discretos peces no habrían de contárselo. Y las ranas les contestaron: «Cro, cro, cro, cro.» De aquí proviene, según la crónica, la tan conocida leyenda de que San Antonio de Padua predicó una vez á los peces de un río diciendo: «Cro, cro, cro, cro.»

Y ahora, por vía de comentario á este tan sugestivo é interesante relato, ocurreseme hacer notar que la diferencia mayor que parece mediar entre los peces y las ranas no estriba en que aquéllos sean mudos y solamente acuáticos; mientras estas otras son vociferas y anfibas, sino más bien en que los peces, como aquellos admirables cabreros que oyeron á Don Quijote su homilía sobre la edad de oro—y Dios le dé á todo homilador cabreros,—oyen para enterarse, al paso que las ranas oyen para no enterarse, es decir, para enterar á los demás de lo que oyeron ó creyeron oír. Traducen al punto lo que oyeron, y lo traducen ¡claro está! en su lenguaje batrácico: «Cro, cro, cro, cro.» Y si empleo «entre crocos» y no más es porque á cuatro, á todo tirar, se estrechan las modalidades de pensamiento, ó por lo menos de expresión, de las ranas. Y así que se encuentran con una quinta ó sexta, se las han ya muy mal.

Hay otro rasgo característico de la psicología batrácica, y por cierto muy curioso, cual es el de que si á una rana se le echa de cebo un salchichón, se engulle los granos de pimienta, dejando la carne. Y es que se va siempre detrás del condimento. Y así no cabe duda de que á San Antonio no le oyeron sino las frases de condimento, ó sea las llamadas por antonomasia frases, la sal y pimienta, en fin, con que de seguro trató de despertar y mantener la atención de sus oyentes. Y enristradas luego todas esas frases, debió de resultar la sarta más incoherente y disparatada. Es algo así como si á mí, que no distingo el signo del «do» del signo del «da», se me hiciera extractar una sonata de Beethoven y lo llevara á cabo tomando acá y allá las notas que me pareciesen y enfilándolas.

Lo que no nos dice la susomentada crónica inédita del siglo XIV es si el lisbonense de Padua perdió ó no el tiempo en rectificar á las ranas, aunque yo presumo, piadosamente pensando, que no le perdería de tan lastimosa manera. Debía de estar muy de sobra habituado á que los unos por insuficiencia de medios de expresión, ya que no de comprensión, y los otros tal vez por cierta insidia, le atribuyeran los mayores despropósitos y hasta inventaran el si en tal ó cual conversación de refectorio dijo ó dejó de decir tal ó cual

por cierto, fué una rana, de las que por enterar á otros no se enteran ellas, la que le contó á Bécquer aquello de que Minerva tenga verde los ojos, cuando no hay tal verdor.

No estaría de más el que me extendiera ahora aquí sobre las relaciones que median entre las ranas y el humorismo; pero tendría que empezar por hacer una definición del humorismo, ya que de la rana no es preciso hacerla. Porque la rana, como todo lo concreto, tangible, visible, oíble, oíble y gustable, se define á sí misma con sólo presentarse, ó es, en rigor, indefinible. Y además, francamente, si no pudiera uno hablar sino teniendo que ir antes definiendo cada uno de los términos que emplea, sería imposible toda conversación que mereciese el trabajo de decirlo y oírlo.

Claro está que topa uno con el valor que, no ya el uso, sino el abuso, y sobre todo la simplicidad mental del vulgo ha dado á ciertas voces complicadas de suyo. Así, en cierto mitin ó meeting republicano, se le escapó á un orador, «ex abundantia cordis», esta expresión: «¡Quiera Dios que...!» y todo fué oírlo y rezungar varios oyentes: «¡Vaya un republicano!», y le reputaron por un neo disfrazado.

De donde se deduce—y vuelta á la lógica!—que lo mejor es atenerse á «Cro, cro, cro, cro.» Lo cual cabe hasta ponerlo en música.

Aún se me ocurren muchas más cosas en, con, por, si, sobre el relato de la crónica italiana de que al principio hice mención y de algo que Cervantes dice sobre las traducciones; pero vale más dejarlo, pues hay, dicen, más días que longanizas.

Miguel de Unamuno.



En una Asamblea política no están mal las ranas. Porque en una Asamblea política el orador surge de una casilla de un tablero, y llevando escarapela sobre la oreja, pertenece á este ó el otro grupo, aunque sea el de los llamados independientes, y según la casilla de que se levanta, se sabe de antemano, dado el asunto que se debate, lo que ha de decir, y por lo tanto, no suelta ni puede soltar nada de eso á que en lenguaje batráctico llamamos paradoja. Y además, el orador político, por forzosa exigencia de su situación, de su auditorio y de su propósito, apenas puede decir sino á lo sumo cuatro cosas; eso sí, dando á cada una de ellas cuatrocientas vueltas; y esas cuatro cosas pueden muy bien traducirse, aun á pesar de las mil doscientas paráfrasis, en «Cro, cro, cro, cro».

Aquel ardiente é ingenioso africano, San Agustín, gran paradojista y forjador de tremendas antítesis—de esas antítesis secas y cálidas que brotan de la lucha entre el corazón y la cabeza,—en uno de sus comentarios al libro del Génesis, confiesa, con la sinceridad en él habitual, ignorar para qué fueron creados los ratones, las ranas, las moscas y los gusanos. «Porque—dice—todas las criaturas son ó útiles, ó dañinas, ó superfluas para nosotros. Por las dañinas somos castigados, corregidos ó aterrados para que no cobremos apego á la vida.» Mas en cuanto á las superfluas, añade que, «aunque no sean necesarias para nuestro servicio, se completa y perfecciona con ellas el designio del universo». Y el agustino Fray Martín Lutero, que en tantas cosas siguió al padre y maestro de su Orden, no le siguió del todo en esto, según observa mi amigo el prof. Andrew Dickson White («A history of the warfare of science with theology in Christendom»), sino que para él la mosca era, no ya superflua, sino dañina, como enviada por el demonio para molestarle á él, á Fray Martín, mientras leía. «Odio á las moscas porque son imágenes del diablo y de los herejes», decía Lutero. De donde se deduce en buena lógica—si es que de lógica me es permitido hablar—que á San Agustín no le molestaban las moscas como le molestaban á Lutero. Tal vez las de Hipona fuesen de una especie más benigna y apacible que las de Wittenberg. Y si así fuese, tendríamos que la diferencia entre las moscas cartaginesas ó africanas y las moscas sajonas ó europeas es lo que llegó á provocar una pequeña disensión teológica. ¡Misteriosos son los caminos de la Providencia!

Y ahora, por lo que hace á la finalidad de las moscas, debo declarar, ya que me preocupó de los paraqués mucho más que de los porqués y de los cómo, que las moscas se crearon para las arañas y las arañas para las moscas. Es decir, que se trata de una finalidad circular ó mutua: a para b, b para a, y ab para sí mismo ó misma. Sobre todo de la finalidad circular, ya que hay quien se empeña en hacerme un sabio, pienso publicar una doctísima monografía, con definiciones y todo, y acaso con gráficas á mayor abundamiento. Recordemos, por último, respecto á finalidad, aquellos dos versos de Goethe que dicen: «¿Qué reverencias no merece el gracioso Creador del mundo porque al crear el alcornoque inventó, á la vez, el tapón de corcho?» (Y como sé alemán, hago gracia al lector de la cita en su idioma original.)

Y las ranas y los ratones ¿para qué fueron creados? No hay sino preguntárselo á Esopo y los fabulistas que le han seguido, al autor de la «Batracomíomachia» y á todos los que han tomado á tan interesantes criaturas por personajes de sus fábulas. Y los han tomado ingenua y candorosamente, con la sencilla bonachonería del tradicional fabulista, el de «ridendo corrigitur mores», que rar vez pasa de la inocente alegoría moralizadora, ó á lo más llega á la suave ironía; pero no se deja caer en el amargo humorismo ó espuma de azúcar y heces de acibar ó de vino.

A la rana no le dejaban dormir las ranas; por ella se tenía la culpa, por acostarse cerca de la charca ó del remanso del río en que ellas celebraban sus conclave.

